

HRIBAL, Jason, *Los animales son parte de la clase trabajadora y otros ensayos*. Madrid, Ochodoscuatro Ediciones, 2014, 178 pp.

La historia de los movimientos sociales de los últimos dos siglos es, en parte, la lucha por la visibilización de un conflicto bajo la apariencia de una normalidad cotidiana defendida por la tradición. La historia del movimiento por los derechos civiles de los negros ha sido, y es, la lucha por la visibilización, en primer lugar, del racismo latente y directo de las sociedades ricas del norte capitalista. Por su parte, la historia del feminismo es, también, la historia de la denuncia de los efectos múltiples y totalitarios del patriarcado como sistema de dominación del hombre sobre la mujer.

Pese a que todo el siglo xx es una gran lucha por el reconocimiento de todo tipo de colectivos invisibles, todavía quedan muchos por acceder a esa visibilidad. Los animales no humanos y sus derechos son uno de ellos. Durante siglos y siglos, la explotación y el uso de los animales para todo tipo de beneficio de los humanos no sólo ha sido constante, sino que ha servido para eliminar completamente la posibilidad de ver en la relación cotidiana con los animales una relación de explotación. Sin embargo, desde hace algunos años la conciencia de que muchos animales, la mayoría, tienen una capacidad de sufrir que les hace poseedores de un cierto interés en no padecer innecesariamente, ha hecho crecer la visibilidad por los derechos de los animales. Las corridas de toros, la experimentación animal con motivos médicos o estéticos o la simple explotación en las industrias cárnicas han empezado a ponerse en duda como dichas relaciones normalizadas con los animales.

Pese a que la discusión sobre los derechos de los animales ya supone un paso más en la lucha por la visibilización de un colectivo que no puede expresarse por sí mismo (aunque con matices, como luego se verá), lo cierto es que también ha llegado a cobrar un aire demasiado escolástico. No habiendo una prueba definitiva para la constatación de si un animal puede o

debe tener derechos más o menos igualados a los derechos humanos (bienestar, libertad, etc.), la discusión, generalmente circunscrita al ámbito académico, parece abocada a un debate sin fin en el que, como mucho, se obtendrán ciertos fundamentos teóricos para defender cómo la práctica va por un camino equivocado.

Sin embargo, el mundo de la explotación animal sigue su curso, cada vez con más fuerza y con procesos de explotación cada vez más eficaces. Por eso, la discusión sobre si los animales tienen o no derechos se convierte en un conjunto de discursos bizantinos ante los cuales el nivel y la cantidad de la explotación animal contemporánea se muestra como desbordando cualquier límite teórico. Por este motivo, libros como *Los animales son parte de la clase trabajadora* aparecen como necesarios para llevar la discusión mucho más allá. Aquí, se intenta explicar una idea a través de la cual la discusión sobre los derechos de los animales puede entrar en una nueva perspectiva: ¿forman los animales parte de la clase trabajadora?

¿Cómo podría pensarse que los animales puedan formar parte de esa fuerza negativa histórica si, por definición, no pueden trabajar, al menos no en el mismo sentido que los humanos? ¿Cómo es posible que los animales no humanos puedan tener algún tipo de papel en el proceso de extracción de plusvalía y en el modo como los trabajadores encuentran los medios para garantizar su supervivencia? El elemento que parece transversal es el de la *explotación*. La historia de la relación entre el nacimiento del capitalismo y el papel que desempeñaron los animales que narra Hribal revela que éstos estuvieron sometidos a todo tipo de métodos de explotación desde el mismo nacimiento de las nuevas necesidades de producción. En diversos ámbitos, los animales fueron sometidos a todo tipo de controles tanto de sus formas de vida como de sus métodos reproductivos.

En un principio, mucho antes de la aparición de las relaciones de explotación capitalistas, los animales solían pastar libremente en los campos ingleses. La relación de explotación era, todavía, muy sutil, respetándose sus condiciones más o menos naturales de vida. Poco a poco, la necesidad de mejorar la explotación y de hacerla



más intensiva hizo aparecer diversos modos de control, tales como los cercados y el control de la reproducción sexual.

Este desarrollo acabó en la absoluta explotación de los animales como objetos de extracción de *beneficio*. Por ejemplo, la historia de la industria de la explotación de ovejas y cerdos para conseguir lana o carne es el perfecto relato del sometimiento de los animales a las nuevas formas de explotación. Pero no sólo ocurrió esto en las industrias del consumo de los productos animales derivados de los animales. En la agricultura, la manufactura, el transporte y en la minería también los animales tuvieron un papel importante, siempre marcado por la explotación salvaje. Como ejemplo más claro, el del caballo como medida de energía de movimiento en las nuevas industrias que necesitaban de grandes cantidades de energía para producir. Si se analiza con detalle la importancia que tuvo la fuerza que procuraban los caballos se llega a la conclusión de que cumplieron un papel determinante en el desarrollo de estas industrias. En este sentido, su papel no es muy diferente del de los trabajadores de las nuevas fábricas de Manchester del naciente capitalismo industrial de la segunda mitad del siglo XIX (pp. 22-26).

Pero además del papel que tuvieron los animales en el incremento de la capacidad productiva del naciente capitalismo, existe otro elemento que iguala de forma clara al movimiento obrero y a los animales como colectivo de explotación: la *resistencia*. Tal vez éste es uno de los elementos más olvidados en la historia del movimiento por los derechos de los animales, pero lo cierto es que, desde el comienzo de las nuevas formas de explotación intensivas, existen testimonios de la resistencia de los animales al trabajo esclavo, es decir, a la explotación salvaje. ¿En qué consistían estas formas de resistencia?: «Simular ignorancia, rechazar las órdenes, disminuir la velocidad, rezagarse, no trabajar sin comida adecuada, negarse a trabajar bajo el calor del día, coger descansos sin permiso, rechazar las horas extras, quejarse, robar abiertamente, robar en secreto, rechazar nuevas tareas, falsa sumisión, destrucción del equipo, fugas y confrontaciones directas» (p. 70).

Sin embargo, esta historia del papel de los animales al comienzo del capitalismo se enfrenta

a los prejuicios que ven que sólo los animales humanos pueden formar parte de la clase trabajadora. Ese mismo prejuicio ha construido un relato de la explotación de los animales que, a su vez, tiene dos vertientes. Por un lado, estaría la historia de la explotación de los animales bajo la idea de que los animales no humanos son, efectivamente, una fuerza de trabajo disponible para la producción y la explotación, de tal forma que no existiría ningún tipo de problema ético en su explotación. Por otro lado, existiría una historia de los animales «desde abajo», es decir, bajo la idea de que la explotación de los animales es un hecho moral y éticamente problemático, es decir, que esta idea se acercaría a la aplicación de la categoría de explotación a la relación que se ha establecido con los animales no humanos desde el nacimiento del capitalismo.

Sin embargo, lo que faltaría es una tercera perspectiva que trate la explotación animal desde el punto de vista de los animales no humanos como una *clase social* explotada en condiciones parecidas a las del proletariado. La diferencia con la segunda perspectiva es que en ésta no existiría ese elemento de condescendencia con respecto a la explotación animal. No se trataría de que los animales humanos otorguen artificialmente a los animales explotados un derecho que, en el fondo, se sabe abstracto, metafórico, sino en entender que, de hecho, existe un proletariado dentro del reino de la explotación animal en el sentido de estar sometidos a procesos de explotación idénticos a los que padecen los trabajadores.

Lo que revelan estos fragmentos de historia de la explotación animal es un modo de disciplinamiento que ha consistido no sólo en el control del trabajo animal sino, más en general, en el control de todos los aspectos de su vida biológica. Todo el conjunto de técnicas que se pusieron en marcha al comienzo del capitalismo (cercado de los animales salvajes, control de la reproducción, etc.) parecen remitir al concepto de *biopolítica* que Foucault acuñó en relación con el nacimiento del neoliberalismo austriaco después de la II Guerra Mundial. El hecho de ver en los animales un vector puro de explotación, una fuerza de producción que no ofrece resistencia ni desde el punto de vista estrictamente material ni desde el punto de vista ético-moral,





implica la concepción de la fuerza animal como una «vida desnuda» de la cual el capitalismo puede servirse en cualquier momento. Si se pone a un lado el prejuicio especista que establece una línea de demarcación entre el mundo humano y el mundo animal, ¿no quedaría desvelada la explotación animal como una forma paradigmática de explotación biopolítica?

Lo que puso en marcha el capitalismo al comienzo de su hegemonía, el modo de explotación que inauguró, se puede entender entonces como la existencia de una forma de explotación de la vida biológica, en este caso de la vida animal. Por eso, la historia de la explotación animal puede ser el campo en el que se vea de forma más pura y decidida el conjunto de técnicas que conforman la biopolítica.

Esta idea queda resumida en el concepto de *living stock*, que sirve para referirse al conjunto de animales disponibles como fuerza de trabajo y de producción. Igual que el capitalismo industrial tenía su ejército de parados como una especie de reserva casi infinita de fuerza productiva, el mismo capitalismo entiende a los animales bajo la idea de una fuerza productiva *viva* siempre dispuesta a ser explotada sin ofrecer la más mínima resistencia. El elemento novedoso de una perspectiva biopolítica de la explotación animal consistiría en el hecho de que ésta se refiere a una fuerza viva en el sentido más puramente biológico. El ejército de parados del proletariado no deja de referirse a un conjunto de seres humanos entendidos como fuerza productiva, pero a los cuales, todavía, es necesario ofrecerles algo a cambio de su explotación. Pese a que este intercambio siempre tiene que suponer una desventaja para el trabajador en tanto que el salario siempre refleja menos de lo que su trabajo ha producido, todavía existe la necesidad de garantizar de alguna forma la supervivencia del trabajador. En el caso de los animales, su historia parece la de una fuerza de trabajo siempre reemplazable de modo absoluto. El capitalismo no ve ningún tipo de límite ante la cantidad de explotación que un animal puede soportar. Mientras esté vivo, la explotación continúa de modo salvaje. En definitiva, esta falta de límite en el ratio de explotación de los animales revela el hecho de que en el campo de la explotación animal el

paradigma biopolítico estuvo siempre presente de una forma mucho más decidida y directa que en el campo del capitalismo de la segunda mitad del siglo xx.

Pero el paradigma biopolítico no sólo opera en el control y disciplinamiento de todos los elementos vivos. Paradójicamente, funciona también convirtiendo al organismo vivo en una *máquina*. Al eliminar ese elemento de autonomía y autodeterminación de lo viviente, la biopolítica convierte a sus objetos de dominio en máquinas. Desde esta perspectiva se descubre que el paradigma biopolítico viene operando desde mucho antes que Foucault lo descubriera¹.

En definitiva, *Los animales son parte de la clase trabajadora* revela la necesidad de tomarse en serio dos ideas fundamentales: por un lado, en relación con la cuestión de la explotación, los animales no humanos se encuentran al mismo nivel que el proletariado que vio nacer el capitalismo desde principios del siglo xix; por otro lado, la idea de que esa misma explotación revela el componente biopolítico de la explotación capitalista, es decir, el modo de gestionar a los animales humanos y no humanos en relación ya no con su fuerza de trabajo sino en relación con su propia vida biológica.

Sin duda, a partir de aquí se abren dos perspectivas novedosas: en primer lugar, empezar a entender la historia de la explotación animal no exclusivamente como un asunto meramente ético y moral, lo cual muchas veces conduce a callejones sin salida, sino más bien como un asunto *político*, es decir, en relación con las lógicas diversas, y a veces contradictorias, tanto de la configuración del capitalismo en su nacimiento como en las condiciones actuales. Por otro lado, entender la misma categoría de explotación desarrollada principalmente por Marx ya no sólo dentro del conjunto de las relaciones sociales de producción, sino en el conjunto

¹ La relación entre ese *maquinismo* y la biopolítica ya ha sido tematizada en un libro poco conocido pero de mucha importancia para la relación entre marxismo y biopolítica. V. GUÉRY, François y DELEUZE, Didier; *Le corps productif*, Mame, Paris, 1972.

de las relaciones sociales de *vida*, entendida ésta como el conjunto de aspectos que constituyen la existencia inmanente de cualquier ser vivo que se pone en marcha dentro de la lógica de la producción. Probablemente, tomarse en serio estas dos perspectivas pueda dar respuestas a

problemas teóricos y prácticos ante los cuales la vieja teoría sobre los derechos de los animales ya no puede decir mucho más.

Cristopher MORALES BONILLA
(Universitat de Barcelona)

